

Tecnoutopías: celebración y rechazo

Las tecnociencias en el diseño del mundo

Sería enunciar una verdad de Perogrullo decir que desde siempre el conocimiento devenido técnica ha influido en la conformación del mundo. A lo largo de la historia ha inclinado las religiones en uno y otro sentido, ha dispuesto quiénes y cómo comerían, de qué manera se sanarían, mediante qué procesos se reproducirían y, desde ya, cómo morirían.

Pero pareciera que en estos últimos tiempos el conocimiento científico-técnico, de producción mixta estatal-empresarial, ha logrado cortar amarras definitivamente con los antiguos sistemas proveedores de sentido, mayoritariamente con los religiosos y, por supuesto, con los políticos (aunque a lo largo de la historia a estos últimos se les reconociera una influencia más acotada y eventual, siempre de corta duración).

Veamos, sumariamente: los alimentos transgénicos, las posibilidades de engendrar fuera de útero, o después de muerto, los hijos *remedio*, etc. son novedades que determinan nuestro tipo de vida, y sin embargo la atención sobre la técnica que las permite o promueve suele estar lejos del foco de nuestras preocupaciones, y, desde ya, cada vez escindida de nuestras normas morales tradicionales.

Han hecho su aparición, como reales constructoras de los ejes determinantes de la configuración del mundo, las **tecnociencias**, entendidas como herramientas políticas nacidas –en el cenit capitalista- de las necesidades de mercado en alianza con el desarrollo de las ciencias y la tecnología, que marcan el rumbo y el ritmo de las variables más decisivas en la vida de los pueblos.

El esquema marxista de lectura de la realidad y prospectiva de acciones para su cambio –en cuya génesis está la crítica a la producción capitalista, entre ellas la científica- se encuentra en franca retirada. Después de haber reinado en los ambientes intelectuales –y protagonizado todas las convulsiones político-sociales del siglo XX- pareciera haber quedado derogado, aunque haya dejado sus restos aquí y allá esparciendo algún criterio menor y generalmente de difícil discernimiento y aplicación.

A su vez las religiones, al menos en occidente y en cuanto, proveedoras de normas de conducta, no solo se apagan sino que cada vez con mayor aceleración se ven forzadas a mutar sus preceptos y canon a fin de adecuarse, aunque sea tardíamente, a los vertiginosos cambios manifestados en las modalidades de vida de la sociedad.

Están entre nosotros, entonces, con presencia rotunda y contundente, las tecnociencias, que según Javier Echeverría, desarrollador del concepto, tienen las siguientes características (muy útilmente anotadas en El Observatorio de Luis Javier Martínez):

La investigación se organiza y el conocimiento se gestiona de manera **industrial o empresarial**, como una cadena productiva orientada a la eficiencia y la rentabilidad, con financiación privada en su mayor parte y políticas públicas de estímulo.

Actúa como *fuerza productiva* fundamental y característica de la **sociedad informacional** que ella misma ha creado en buena medida: una sociedad donde más que ciudadanos hay clientes, usuarios, consumidores, lo que determina que ese tipo de conocimiento tecnocientífico no sea un

fin en sí mismo, sino que tenga más bien una **función instrumental**. Es un medio para la acción, para la realización de intereses y objetivos. La búsqueda de la verdad –otro el objetivo primero y excluyente de la tarea científica- es sólo uno de los valores en juego.

El conocimiento deviene **empresa, capital y mercancía**, objeto de propiedad y comercio, y la investigación se constituye como un sector económico decisivo, como forma de negocio y medio esencial del poder. Con la innovación basada en la investigación se busca crear nuevos productos que capten mercados y generen beneficios.

La tecnociencia se preocupa por su **imagen pública**, en busca de legitimidad y consenso, precisamente porque, de hecho, ***cambia más las sociedades humanas y la vida de las personas que la propia naturaleza***, según los estudiosos del tema.

Esta última frase es la más ilustrativa respecto a los desafíos que propone esta nueva forma de gestión del conocimiento.

El monumental desarrollo tecnológico- del que las tecnociencias son la manifestación más palmaria- ha determinado que la fuerza de trabajo haya dejado de ser importante en la producción de riqueza, y el ejército de desempleados no sólo no tiene posibilidad ya de presión o chantaje sino que ni siquiera percibe que representa ahora un sujeto prescindible, en el mejor de los casos destinado a ser preservado -como en una reserva ambientalista- antes que un prójimo a explotar.

El filósofo y militante pacifista Günther Anders ya a mediados del siglo XX explicaba el desborde de la técnica y preanunciaba los problemas en tres tesis fundamentales: que el hombre no está a la altura de la perfección de sus productos; que produce más de lo que puede imaginarse y responsabilizarse, y que cree que todo lo que es capaz de producir puede hacerlo y no sólo eso, debe hacerlo.

La sociedad 20:80

Los ***ludistas*** perdieron la batalla y Marshall McLuhan –que advertía que todo avance tecnológico proveía tristeza cultural- ya no está.

Los innegables beneficios que acarrearán todo avance tecnológico, y, sobre todo, lo mucho que amplía su disponibilidad, esconden sin embargo algunos de sus más terribles corolarios. Antes de la revolución industrial era impensable, por ejemplo, que por unas monedas se comiera pescado fuera de la costa o se accediera a un jabón, aunque para ello habría que someterse al orden mudo de las ***sociedades de control*** que emergieron de ese modo de producción.

En estos últimos tiempos, el vertiginoso desarrollo de las tecnociencias, cada vez menos dependientes de criterios morales, hace su eclosión en lo que se ha dado en llamar la sociedad 20:80, es decir aquella en que el veinte por ciento de sus integrantes resulta suficiente para manejar los asuntos públicos (y con ello los privados) y el ochenta por ciento restante no pasa de ser una rémora, una carga inservible. Aun considerada prescindible, es difícil de dejarla extraviada en la historia -gracias si se quiere a un resto de humanismo en los que mandan- y conviene entonces entretenerla para que, anestesiada, cause la menor cantidad posible de problemas.

Al respecto, una idea por demás inquietante

Sabido es que sobran versiones conspirativas de la historia, y que quienes mejor uso hacen de ellas y su incredibilidad, son aquellos que aparecen como víctimas de esas habladurías insustentables. Pero también es cierto que –según el mismo Kissinger- hasta a los paranoicos alguien puede perseguirlos.

Al respecto, Gabriel Sala se ha detenido en la noticia que puede funcionar tanto como alerta cuanto como disparate: el artificio semántico que encierra una idea de control preocupante.

Según este autor español, el observador de la sociedad posindustrial que avizora el nuevo y distópico escenario, Zbigniew Brzezinski, propone –bajo un nombre tan bizarro como preciso- una eficaz metodología para conservar la paz social ante la nueva realidad: el **tittytainment**, que bien podríamos traducir, sin que el nombre pierda gracia y efectividad, como **entetanimiento**. El neologismo –nacido durante la celebración del primer "State of the World Fórum" en el Hotel Fairmont de la ciudad de San Francisco en 1995- resume en una palabra el entretenimiento y la acción de dar la teta, es decir, pretende recoger y describir ese estado en que los bebés, carentes de dominio sobre sus emociones y privados de discernimiento, encuentran en la ensoñación que les provee el hecho de alimentarse la plenitud a todas sus ambiciones. Se trataría, entonces, de proveer la comida elemental, más un ejercicio de ensoñación, para que las grandes masas, sin tener ya un lugar donde expresar su subjetividad (hecho riesgoso como siempre, y encima –en este caso- innecesario) no tengan la ocurrencia de revisar el planteo de vida en común propuesto o, ante su incompreensión, violentarlo de manera irracional. Uno de los participantes en la reunión fue Ted Turner, dueño de la CNN, cadena que distribuyó públicamente muy limitadas noticias sobre el acontecimiento, y aclaraba en su página que otros sitios que comentaban el encuentro “no están necesariamente respaldados por CNN”.

Asoma el hombre pos-orgánico

¿Cómo es posible, para dominadores y dominados, manejarse en tal escenario? Paula Sibilia alcanza algunas ideas.

*“Mi libro es un ensayo sobre las turbulencias que están atravesando, en las últimas décadas y sobre todo en los años más recientes, ciertas nociones básicas de la tradición occidental, tales como nuestras ideas de **vida, naturaleza y ser humano** (...) nuestros modos de ser y estar en el mundo se están distanciando, cada vez más, de las modalidades típicamente modernas de ser y estar en el mundo”. Para ser justos, podríamos extender la diferencia a un período más extenso que el de la sola modernidad: cabe pensar que lo que se acaba es una forma de vida que tiene la edad de occidente.*

No es, dice Sibilia, un *“detalle menor el tránsito de las maquinarias analógicas y mecánicas hacia los dispositivos digitales e informáticos que ahora conforman nuestro paisaje cotidiano”*.

El hecho fundamental es que *“la naturaleza se ha vuelto programable, ingresando –ella también– en el proceso de digitalización universal que marca nuestra era. Uno de los grandes sueños de la tecnociencia más actual es la promesa de que los científicos puedan efectuar modificaciones en los códigos genéticos que animan a los organismos vivos (vegetales, animales y humanos), de una forma semejante a la manera en que los programadores de computadoras editan software”*.

Lo que puede esperarse del futuro, -que no habremos los humanos de construir por propia voluntad, sin acompañando mudos una tendencia que nos es exógena-, es previsto por esta autora como absolutamente novedoso: *“Todo esto ocurre bajo un horizonte digitalizante que engloba estos saberes tan privilegiados hoy en día (tanto las nuevas ciencias de la vida como la teleinformática), que pretenden recurrir a la “evolución postbiológica” o “postevolución” para crear un tipo de hombre “postorgánico””*.

La singularidad como punto de arribo

Avanzamos así hacia una insólita propuesta de **singularidad**, término que hasta aquí expresaba una idea de asentamiento de la diferencia como concepción rectora de los nuevos modos de convivir. En los tiempos actuales, y de la mano de los administradores -hasta donde pueden- de las tecnociencias, la **singularidad** expresa –según el filósofo Sergio de Castro Sánchez, principal estudioso del tema y citando a un impulsor del proyecto, Peter Diamandis- *“un período futuro en que los cambios tecnológicos serán tan rápidos y sus efectos tan profundos que todos los aspectos de la vida humana serán, irreversiblemente, transformados. No habrá una clara distinción entre humanos y máquinas. Las computadoras no serán esos aparatos rectangulares que guardamos en el bolsillo. Ellos estarán dentro de nuestros cuerpos y cerebros. Seremos un híbrido de inteligencia biológica y artificial”*.

Para el desarrollo del proyecto, y con el inestimable aporte –financiero y de cooperación tecnológica de Google- se ha creado en 2009 y con asiento en el campus Research Park de la NASA en Silicon Valley (California) la Universidad de la Singularidad. Desde el campo científico, su gran impulsor es Raymond Kurzweil, conocido científico, inventor y adherente del llamado *transhumanismo*.

Su socio, el empresario espacial y presidente de la X Prize Foundation, Peter Diamandis, ilustra sobre algunas características del camino a la **singularidad**, siempre según Sergio de Castro Sánchez: se generalizarán los “implantes neuronales” que mejorarán la visión, la memoria y el razonamiento, y la nanotecnología permitirá introducir en el torrente sanguíneo máquinas que permitirán mayor control sobre las enfermedades a través de la descarga directa de software. Más tarde, la separación entre realidad virtual y “real” se hará cada vez menos clara y nuestras mentes podrán “copiarse”, llegando el día, allá por el 2099, en que “nuestros cerebros serán mayoritariamente no-biológicos”. “La cuestión no es si eso es bueno o malo. Va a acontecer”, es el ucase definitivo de Diamandis.

Mucho de la fortaleza de este discurso ideológico reside en que tiene raíz en una experiencia que consideramos exitosa, como bien lo señala Sergio de Castro Sánchez: *“Ante las posibles reticencias que tales “progresos” puedan causar, Kurzweil y sus acólitos replican un mensaje que se remonta a la Ilustración: el progreso tecnológico y científico es histórica y universalmente necesario, así como motor de la justicia y la igualdad sociales.”*

¿No hay alternativa entonces?

Puede haberla o no -al menos en un futuro previsible- y en este último caso *lo que vendrá* habrá sido *lo que tenía que venir*. Y las resistencias al nuevo estado de cosas pueden llegar a ser sólo la rémora de un andamiaje moral -como numen de un modo cultural- que ha devenido obsoleto.

Pero para quienes supongamos que es posible y deseable una reconversión de las tendencias enfocadas hacia el abandono de nuestro mundo, lo que corresponde es tomar conciencia de qué estamos enfrentando.

El cambio de la *naturaleza*, o al menos de lo que hasta aquí entendimos como tal, coloca en foco la cuestión principal y definitoria.

Y en el proceso de alcanzar una alternativa el principal problema es que la opción resultante sea la de ***desatar los perros de la guerra***, que, como sabemos, llevan por nombre ***hambre, espada y fuego***. Porque ante el ***no futuro*** puede aparecer la tentación de retomar el pasado, y allí, en nuestra tradición todavía humanista, el modo inevitable de resolver el conflicto es el afiebrado uso de una violencia impiadosa.

Por el contrario, es en las claves que ofrece la nueva época, es decir en aquellas que señalan que ha quedado atrás la era de la confrontación, donde podemos encontrar nuevos elementos de conceptualización promisorios y eficaces.

Para hacer menos dificultoso el camino de la novedad, cabe recordar las bases del humanismo hoy en discusión o directamente atropellado: Iván Illich en su conocido ensayo *La Convivencialidad*, ya nos advertía en 1973 que “*Sólo una sociedad que acepte la necesidad de escoger un techo común a ciertas dimensiones técnicas en sus medios de producción tiene alternativas políticas*”.

Adolfo Sequeira

Agosto de 2013